

James Patterson

Confesiones junto al lago



 *Editorial El Ateneo*

JAMES PATTERSON

Confesiones junto al lago

El Ateneo

Sinopsis

Jennifer sale presurosa de su oficina, en el Chicago Tribune, tan pronto recibe la noticia de que su abuela adorada está gravemente enferma. Sólo desea estar junto a ella en la clínica del pueblo de Lago Geneva, al norte de Chicago. En ese lugar paradisíaco, ha pasado los momentos más felices de su vida.

Cuando llega, muy perturbada, no sospecha que la acechan circunstancias inesperadas relacionadas con un secreto guardado celosamente.

En casa de su abuela encuentra varios paquetes de cartas con la expresa indicación de que ella es la única destinataria. Esas cartas contienen la verdadera historia de la vida de su abuela y no la que Jennifer creyó conocer desde siempre.

Así comienza la trama de esta novela romántica de indudable atractivo que figuró como número uno entre los libros más vendidos en el New York Times y The Washington Post, entre otras publicaciones.

Autor: Patterson, James

©2001, El Ateneo

ISBN: 9789500274753

Generado con: QualityEbook v0.75

Prólogo

Como siempre

SAM y yo estamos en una playa casi desierta en el lago Michigan, al norte del Hotel Drake, en Chicago. Ambas tenemos buenos recuerdos del Drake, y hace no mucho cenamos en nuestra mesa preferida. Necesito estar al lado de Sam esta noche, porque hace un año desde que, bueno, sucedió lo que no debía suceder: hace un año que murió Danny.

—Este es el lugar donde conocí a Danny, Sam. En mayo, hace seis años —dije.

Sam escucha siempre con atención y mira directo a los ojos de una manera muy bella; casi siempre está interesada en lo que le digo, incluso cuando le cuento cosas aburridas, como ahora. Hemos sido grandes amigas desde que yo tenía dos años, quizás antes. Todo el mundo nos llama "la dulce pareja", lo cual es demasiado empalagoso para nuestro gusto, pero es cierto.

—Sam, hacía un frío terrible la noche en que Danny y yo nos conocimos, y yo tenía un resfrío espantoso. Para colmo de males, mi novio de entonces, Chris, me había echado del departamento, ese imbécil.

—Ese animal sin nombre, ese cretino —intervino Sam—. Nunca me gustó Chris. Supongo que te diste cuenta.

—Así que este agradable muchacho, Danny, estaba trocando y pasó a mi lado. Me preguntó si me encontraba bien. Yo tosía, lloraba—, estaba hecha un desastre. Y le dije, "¿Te parece que estoy bien? No te metas en lo que no te importa. No me vas conquistar, si eso es lo que crees. ¡Largo de aquí!" —me reí al estilo de Sam.

Así fue como me quedó el apodo, "Largo". De todos modos, Danny se me acercó cuando iba por la segunda vuelta de su recorrido. Dijo que me había oído toser a dos kilómetros de distancia, desde la playa. Me trajo un café. Corrió a través de la playa con una taza de café caliente para dármela, a mí, a una perfecta desconocida.

—Sí, pero una desconocida muy atractiva, tienes que reconocerlo.

Me callé y Sam me abrazó.

—Has pasado por muchas cosas. Es terrible y es injusto. Cómo me gustaría tener una varita mágica para hacerte feliz —me dijo.

Saqué del bolsillo de mis jeans un sobre arrugado y doblado en dos.

—Danny me dejó esto. En Hawai. Hace un año, un día como hoy.

—Vamos, Jennifer. Desahógate. Esta noche quiero enterarme de todo.

Abrí la carta y empecé a leerla. Casi no podía respirar.

Querida, maravillosa, increíble Jennifer...

Tú eres la escritora, no yo, pero tuve que intentar poner por escrito lo que sentí cuando me enteré de la increíble noticia. Nunca pensé que pudieras hacerme más feliz de lo que ya era, pero me equivoqué.

Jen, estoy en tal estado de éxtasis que apenas puedo creer lo que siento. Soy, sin lugar a dudas, el hombre más afortunado de la tierra. Me casé con la mejor de todas las mujeres, y ahora tendré con ella el mejor de todos los hijos.

¿Cómo no voy a ser un buen padre? Lo seré. Te lo prometo.

Te amo mucho más de lo que te amaba, y nunca podrás imaginarte cuánto te amaba ya.

Te quiero con toda el alma, y a nuestro pequeño "Pulgarcito"...

Danny

Me empezaron a rodar las lágrimas por las mejillas.

—Soy una tonta —dije—. Soy patética.

—No, tú eres una de las mujeres más fuertes que he conocido. Has perdido mucho y todavía sigues peleando.

—Sí, pero estoy perdiendo la batalla. Estoy perdiendo. Y de la peor manera, Sam.

Sam me atrajo hacia sí y me abrazó, y en ese instante, al menos, todo estaba bien, como siempre.

I

Las cartas

1

MI departamento de dos ambientes se encontraba en un edificio construido antes de la guerra. Tanto a Danny como a mí nos gustaba todo lo que ofrecía: la vista de la ciudad, lo cerca que quedaba de la auténtica Chicago, y el modo en que lo habíamos amueblado. Empecé a pasar cada vez más tiempo en casa, "encerrada en mi refugio", como decían mis amigos íntimos. También me decían que estaba "casada con mi trabajo", que era una "loca de remate", una "adicta al trabajo", "la joven solterona", y una "discapacitada" en lo que se refería al amor, para mencionar sólo algunas de sus burlas más notables. Por desgracia, todas eran ciertas, y yo misma podría haber añadido algunas más.

Trataba de no pensar en lo que había pasado, pero era difícil. En los meses que siguieron a la muerte de Danny estaba obsesionada con una idea terrible: *No puedo vivir sin ti, Danny.*

Pasado un año y medio, todavía evitaba pensar en el accidente y en todo lo que sucedió después.

En ese entonces, por fin, comencé a salir: con Teddy, un sobrio editorialista del *Tribune*; con Mike, adicto al deporte, a quien conocí en un partido de béisbol; y con Corey, una cita a ciegas de terror. Odiaba salir, pero, tenía que seguir adelante, ¿verdad? Tenía un montón de buenos amigos: parejas, mujeres solteras, dos o tres hombres que eran sólo amigos. De veras. Lo juro. Le dije a todo el mundo que me

estaba yendo bien, lo que era una mentira total, y mis amigos lo sabían.

Mis mejores amigos de toda la vida, Kylie y Danny Borislow, me apoyaron en todo momento; yo los quería, y les debo mucho a ambos.

Bueno, un día me quedaban sólo tres horas para terminar esa increíble e impresionante columna del *Tribune*, y me encontraba en un aprieto. Ya había tirado tres ideas a la papelera de reciclaje y, una vez más, me encontraba delante de la pantalla en blanco. Lo difícil de escribir una columna "ingeniosa" para un diario es que, entre Mark Twain, Oscar Wilde y Dorothy Parker, todo lo que vale la pena decir ya fue dicho, y mucho mejor de lo que yo podría decirlo.

Así que me levanté del sofá, puse un disco de Ella Fitzgerald y encendí el aire acondicionado al máximo. Tomé un sorbo de café de mi vaso de cartón descartable. Ah, cómo lo disfruté. Siempre se puede confiar en las cosas pequeñas.

Luego caminé por la sala con mi ropa de escritora: un suéter de Danny, de la Universidad de Michigan, y mis medias rojas de la suerte, las que uso para escribir. Corrí a encender un cigarrillo Newport Light, el último de una serie de malos hábitos que había adquirido no hacía mucho. Mike Royko me dijo una vez que uno es tan bueno como su última columna, y esa verdad es la que siempre me persigue. Bueno, eso y mi editora anoréxica de 29 años, Debbie, ex reportera de un tabloide londinense, toda ella vestida de Versace y Prada, con anteojos de Morgenthal Frederic.

En realidad, me importa de veras escribir mi columna. Me esfuerzo mucho por ser original, lograr que las palabras suenen bien, y entregarla a tiempo, sin falta.

Por eso no contesté el teléfono, que sonó todo el día. Sin embargo, le *dirigí* unos cuantos insultos un par de veces.

Es difícil hacer algo interesante y nuevo tres veces por semana, cincuenta semanas al año; pero, por supuesto, el *Tribune* me paga por hacerlo. Y, en mi caso, mi trabajo es prácticamente mi vida.

Es curioso, pues, que tantos lectores me escriban para decirme que mi vida es glamurosa y que les gustaría estar en mi lugar. Un momento: ¿esa fue una idea?

El ruido que oí detrás de mí lo había hecho Sox, mi gata atigrada de un año, que acababa de arrojar un ejemplar de *El diablo en la ciudad blanca* del estante. El golpe sobresaltó a Euphoria, que dormitaba sobre la mismísima máquina de escribir en la que, según dicen, F. Scott Fitzgerald había escrito *Suave es la noche*, o algo por el estilo. ¿O quizá fue Zelda quien la usó para escribir *El último vals*?

Y cuando el teléfono volvió a sonar, lo levanté.

Cuando me di cuenta de quién estaba al otro lado de la línea, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Recordé una vieja foto del clérigo John Farley, un amigo de la familia del Lago Geneva, en Wisconsin. La voz le tembló al pastor cuando me saludó, y tuve la extraña sensación de que estaba llorando.

—Se trata de Sam —me dijo.

2

SUJETÉ fuerte el auricular con las dos manos.

—¿Qué pasa?

Lo oí tomar aire antes de hablar.

—No sé cómo decírtelo, Jennifer. Tu abuela ha sufrido un ataque —dijo—. No se ve bien.

—¡Ay, no! —exclamé, y mi mente voló hasta Lago Geneva, un balneario al norte de Chicago. Cuando era niña, solía veranear en aquel lugar, junto al lago del mismo nombre; allí fue donde pasé muchos de los momentos más felices de mi vida.

—Estaba sola en la casa, así que nadie sabe qué fue lo que sucedió en realidad —continuó—. Sólo que está en coma. ¿Puedes venir al lago, Jennifer?

La noticia me afectó muchísimo. Acababa de hablar con ella no hacía ni dos días. Bromeamos acerca de mi vida sentimental y me amenazó con enviarme una caja de hombres de plástico con formas anatómicas reconocibles. Sam tiene un gran sentido del humor, siempre fue así.

Me cambié y, en menos de cinco minutos, metí algo de ropa en un bolso de lona. Me tomó un poco más de tiempo poder atrapar a Euphoria y a Sox y meterlas en sus jaulas. Así iniciamos nuestro inesperado viaje.

Partí como un bólido en mi viejo automóvil por la calle Addison hacia la autopista I-94 Norte. El Jaguar Vanden Plas de 1996 es un sedán azul oscuro que fue nuestro orgullo, el de Danny y mío. Es un automóvil precioso con un de-

talle peculiar; tiene dos tanques de combustible. Trataba de pensar en cualquier cosa, *menos* en Sam. Mi abuela era lo único que me quedaba, mi única familia.

Sam se convirtió en mi mejor amiga después de la muerte de mi madre, cuando yo tenía doce años. Ella y mi abuelo Charles hacían una pareja envidiable, y tanto yo como todos los demás queríamos tener lo mismo que ellos, fuera lo que fuera. Mi abuelo no resultaba una persona fácil de conocer, pero una vez que atravesabas la barrera, era una gran persona. Danny y yo brindamos y cenamos con ellos en el banquete de sus bodas de oro en el Hotel Drake. Doscientos amigos se pusieron de pie para aplaudirlos cuando mi abuelo de 71 años inclinó a Sam tomándola de la cintura y la besó apasionadamente en la pista de baile.

Cuando el abuelo Charles dejó de ejercer la abogacía, Sam y él solían quedarse más tiempo en el pueblo de Lago Geneva que en Chicago. Poco después, apenas si recibían algunas visitas. Después de la muerte de mi abuelo hace cuatro años, las visitas se redujeron del todo, y ella se mudó en forma definitiva al lago. Cuando eso ocurrió, la gente decía que Sam iba a morirse pronto.

Pero no se murió. Había estado muy bien... hasta ahora.

A las ocho y cuarto tomé la autopista, luego la ruta 12, un camino de dos carriles que rodea Lago Geneva, "el mejor lugar del mundo". Cinco kilómetros después, estaba a pocos minutos del Centro Médico de Lakeland. Traté de prepararme.

—Ya estamos cerca, Sam —susurré.

3

LAS cosas realmente malas ocurren tres veces seguidas, pensaba cuando llegué al Centro Médico de Lakeland. No insistas con eso, Jennifer.

Bajé del auto y me dirigí a la entrada principal. Recordé que muchos años antes había estado allí para que me sacaran un anzuelo clavado encima de la ceja. Entonces tenía siete años, y fue Sam quien me trajo.

Una vez adentro, traté de orientarme, mientras pasaba delante de la unidad de cuidados intensivos, en forma de herradura, rodeada de habitaciones de pacientes a los tres lados. La enfermera jefe, una mujer delgada de unos 40 años, con anteojos de armazón rosado, me señaló la habitación de mi abuela.

—Nos alegramos de que haya venido —saludó—. A propósito, me gusta mucho su columna. A todos nosotros.

—Gracias —dije y sonreí—. Es muy amable. Me halaga saberlo.

Caminé rápido por el pasillo hasta la habitación de Sam. Empujé la puerta y entré.

—Ay, Sam —susurré en cuanto la vi—. ¿Qué te ha pasado?

Era terrible ver las cánulas en sus brazos y oír las señales continuas que emitían los equipos médicos. Pero al menos Sam estaba viva, a pesar de que se la veía débil y pálida, tan frágil como un sueño.

—Soy Jennifer —murmuré—. Ya llegué. Aquí estoy, a tu lado —le tomé la mano—. Sé que puedes oírme. Así que voy a empezar a hablar. Y voy a seguir hablando hasta que abras los ojos.

Unos minutos después, oí que se abría la puerta detrás de mí. Al darme vuelta, vi al reverendo John Farley. Llevaba sus abundantes cabellos blancos peinados hacia un lado y tenía una sonrisa temblorosa en el rostro. Aún era un hombre atractivo, a pesar de su espalda encorvada.

—Hola, Jennifer —dijo en un susurro, y me saludó con un cálido abrazo.

Salimos al pasillo y de pronto recordé que había sido un gran amigo de mis abuelos.

—Me alegra verte. ¿Qué sabes sobre Sam? —pregunté. Hizo un gesto con la cabeza.

—Bueno, no ha abierto los ojos, y eso no es una buena señal, Jennifer. Estoy seguro de que el doctor Weisberg podrá darte más información mañana. He estado aquí la mayor parte del día, desde que me enteré de lo que pasó.

En ese momento, me entregó una llave.

—Esto es para ti. De la casa de tu abuela.

Volvió a abrazarme, mientras me susurraba que tenía que dormir un poco si no quería terminar como paciente él también. Entonces se fue y yo regresé a la habitación de Sam. Aún no podía creer lo que había ocurrido.

Sam había sido tan fuerte toda su vida. Casi nunca se enfermaba y siempre era la persona que cuidaba a todos los demás, en especial a mí. Me quedé sentada largo rato, sólo oyéndola respirar y admirando la belleza de su rostro, mientras pensaba en todas las veces que había venido a Lago Geneva. Sam me recordaba un poco a Katharine Hepburn, y habíamos visto todas sus películas juntas, aunque ella invariablemente negaba con vehemencia cualquier parecido.

Estaba tan asustada. ¿Cómo podía perder a Sam ahora? Sentí como si acabara de perder a Danny. Las lágrimas me

empezaron a correr por las mejillas otra vez.

—¡Mierda! —murmuré en voz baja.

Me tomé unos minutos hasta que recuperé el control y luego me acerqué a ella. La besé en las mejillas y la miré fijamente. Tenía la esperanza de que Sam abriera los ojos, de que me hablara. Pero no lo hizo. ¡Ay! ¿Por qué estaba pasando esto?

—Voy a la casa —susurré—. Te veré por la mañana. ¿Me oyes? Te veré por la mañana. A primera hora, muy temprano.

Una de mis lágrimas cayó en la mejilla de Sam, pero sólo le rodó por la cara.

—Buenas noches, Sam —dije.